

CERDOS Y PECES

Suplemento de El Porteño, N° 17, Año 2



¡ABAJO EL TRABAJO!

por RICARDO RAGENDORFER

En la colosal tarea de crear el universo, Dios eligió el domingo como día de descanso, costumbre que también imitaron los seres humanos, especie que se diferencia de las otras precisamente por su instinto laboral. Según George Bataille: "El trabajo fue antes que nada fundamento del conocimiento y la razón. Es esa actividad la que desgaja al hombre de su animalidad inicial. Por medio del trabajo el animal se vuelve humano". En nuestro tiempo, paradójicamente, el trabajo convierte al hombre en una bestia social que empuja las ruedas del destino.

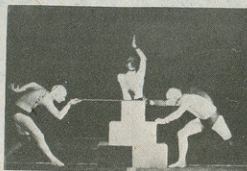
¡ABAJO EL TRABAJO!

por RICARDO RAGENDORFER

Según la mitología occidental por culpa de una manzana y de una serpiente, los dos primeros seres humanos vivientes fueron expulsados del ocio sin tiempo que les deparaba el Edén y, ya desde entonces, el género humano en su conjunto debió depositar los resortes de su supervivencia material, en la capacidad de transformar fragmentos de naturaleza en bienes de consumo. Por lo tanto, desde el punto de vista de las Sagradas Escrituras, el trabajo es un castigo bíblico.

La anécdota por la cual Adán y Eva fueron conminados divinamente a la profesión de subsistir por sus propios medios, refuerza la afirmación de que, desde un extremo a otro de la historia, el primer lugar pertenece al trabajo. Eso, desde sus orígenes, es decir, desde la prehistoria (que no se diferencia de la historia sino por la pobreza de sus documentos).

Los testimonios más remotos de la civilización humana nos remiten a objetos que guardaban una relación primordial con el trabajo, como los instrumentos de piedra, que fueron debidamente trabajados para responder a un uso determinado. Por otra parte, en un ensayo antropológico, Federico Engels trató de graficar la evolución de la garra de mono en mano humana, alquimia biológica motivada, principalmente, por el manipuleo gradual de objetos con fines de herramienta. Desde que aparece el instrumento adaptado a un uso y construido de acuerdo con ese uso, se trata, efectivamente, del hombre. Por eso, antes



de la aparición del "homo sapiens", los prehistoriadores definieron tanto al Hombre de Neanderthal, como a sus predecesores, con el nombre de "homo faber" (hombre obrero).

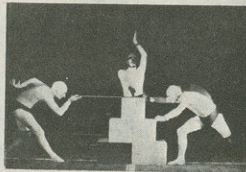
Al salir de la simplicidad de sus etapas más remotas, la vida humana se encontró con el camino de la guerra. Pero fue el esclavo, y no el guerrero, quien por medio de su trabajo cambió el mundo, y finalmente, el trabajo lo cambió a sí mismo, en su esencia. Se puede decir que la abundancia tecnológica de la que goza el mundo contemporáneo es el resultado del trabajo milenar de la multitud que, desde los lejanos tiempos neolíticos, constituyeron esclavos, siervos y trabajadores.

El trabajo y los cambios de la revolución industrial

Es significativo ver que la palabra "trabajar", en el plano etimológico, deviene de "tripaliere", vocablo que en latín vulgar también se asocia a un instrumento de tortura similar al garrote vil.

Ya desde la antigüedad, las definiciones humanas con respecto al valor del trabajo siempre oscilaron entre lo peyorativo y la glorificación desmedida. Platón, en "La República", traza un

panorama muy peculiar, al insistir sobre la importancia que implicaba la mano de obra esclava en un Estado político ideal, ya que su existencia preservaría del trabajo a los poetas, artistas y filósofos. Durante el medioevo, que también marca la transición de la esclavitud a la servidumbre, las penurias y los sacrificios realizados por los campesinos en el transcurso de un trabajo de sol a sol, eran justificados como un "servicio indispensable a cambio del cual se obtiene la vida eterna", según se lee en una escritura



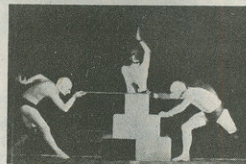
teológica anónima que data del siglo XI, hallada en la Abadía de Wurtemberg, en Bohemia.

En la sociedad moderna, los mensajes del siglo XX, referidos al trabajo, no son de naturaleza diferente a los que se emitieron a lo largo de las etapas históricas anteriores. Desde la fábula de que "la empresa capitalista debe encaminarse hacia un sólido principio de objetivos, ya que conjuga todos los intereses en juego; los de los propietarios de las fábricas y los de los trabajadores", como escribió Henry Ford, hasta la apología vehemente del "Realismo Socialista", único movimiento estético que, sorprendentemente, cuenta entre sus propósitos el de incentivar artísticamente la batalla de la producción económica, pasando por el lacónico "Arbeit macht frei" (El trabajo otorga libertad), frase pintada sobre los portones de los campos de concentración nazis, todo parece confluír en un barniz retórico que, sin distinción de signo y de espacio temporal, se empeña en escamotear al traba-

jo sus implicancias no siempre liberadoras.

Con el renacimiento y la Reforma, la sociedad feudal es herida de muerte y de sus entrañas surge la sociedad moderna, que poco a poco se va afirmando en su forma burguesa. A mediados del siglo XVIII, el surgimiento de la Revolución Industrial provoca un salto cualitativo en la evolución de la humanidad, modificando los criterios hasta entonces vigentes.

Al calor de la industria, las ciudades crecieron a un ritmo vertiginoso. Manchester, que suele ser puesta de ejemplo del impacto sufrido por Gran Bretaña por la aparición de la máquina de vapor y el telar mecánico, pasó de 40 mil habitantes en 1760 a 75 mil en 1800, para superar los 400 mil en 1830. En 1800, no había ninguna



ciudad norteamericana que sumara los 100 mil habitantes, pero en 1830 ya fueron 28 las ciudades que superaron esa cifra...

Hasta ese momento la forma de producción había sido de tipo artesanal, pero la aparición de la industria transformó todo el sistema de vida y de trabajo, hasta entonces dominado por ritmos lentos, tradición hereditaria, poca movilidad, colaboración mutua y cierto grado de intimidad entre quienes compartían un taller artesanal. Con la Revolución Industrial, la vivienda y el taller se separaron: el trabajo había que realizarlo en lugares diferentes de donde se vivía. El lugar de trabajo se instala ya en el punto óptimo para el abastecimiento y salida de los productos de la fábrica, y la situación de los hombres

pasa a un segundo plano.

Es en ese clima donde transcurren los ominosos relatos sociales de Charles Dickens. Por su lado, Marx, a través de las páginas de "El Manifiesto Comunista", resalta que durante el régimen feudal, etapa históricamente superada por el capitalismo, el espectro contenido por nobles, clero, clases populares urbanas y campesinos, tuvieron entre sí un trato más humanizado que el que evidenciaron mantener las clases sociales involucradas a partir de la Revolución Industrial.

Con la nueva perspectiva sociolaboral, la pobreza en la ciudad aumentó cualitativamente y las condiciones de vida fueron pavorosas. Los poderes públicos tuvieron que afrontar ese problema en un doble frente: el de la asistencia y el de la represión. En Gran Bretaña se promulgó una "ley de pobres" (The Poor Law), que contemplaba el reclutamiento forzoso, para trabajar en las minas y en la industria, de los asilados en las "casas de pobres". Por su lado, las instituciones be-



néficas alquilaban los niños allí internados para que trabajasen en las minas de carbón, ya que sus tamaños resultaban apropiados para desplazarse entre grietas y por pequeñas galerías. Informes públicos que datan de 1830 señalan que la jornada laboral duraba entre 12 y 14 horas.

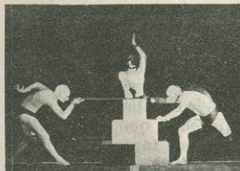
¿Qué es eso del progreso?

Frente al consenso y la fascinación que generó el advenimiento de la máquina, pocos fueron los que, en principio, adivinaron el

lado oscuro del "Progreso". En la segunda mitad del siglo pasado, un poeta de 17 años llamado Arthur Rimbaud escribió: "La mano que ara vale lo mismo que la mano que escribe, / ¡Qué siglo de manos! / Jamás tendré la mía"...

Lógicamente, Rimbaud se refería a una situación especial del arte dentro de la Revolución Industrial: Hasta el siglo XVIII, los artistas habían trabajado bajo la protección de unos señores que pagaban, de un modo arbitrario, en consonancia con el respeto a la arbitrariedad del artista, cuya libertad daba valor a la obra. Pero en el siglo XVIII, el acuerdo entre señores y artistas quedó roto por ambas partes. Desaparecida la aristocracia como cúspide del cuerpo social, la burguesía sustituyó la liberalidad por trabajo. Los artistas contratados ya no eran valiosos por su libertad expresiva, por su inventiva, sino por su rendimiento. El arte, como todas las cosas, comenzará a ser explícitamente útil, no al señor, no a la mayor gloria de una aventura privada, sino a la sociedad. Y sociedad quiere decir burguesía.

Más allá de la situación particular en la que quedaron los artistas a partir del capitalismo industrial, los testimonios del arte con respecto al sentido del trabajo en sí, adquieren una rele-



vancia muy ilustrativa. En el transcurso del siglo XX, los artistas y filósofos admiraron y condenaron, alternativamente, la naturaleza del trabajo.

Frente al incesante desarrollo tecnológico, el Expresionismo alemán manifestó su asombro y el Futu-

rismo italiano, acaudillado por el poeta Marinetti, expresó un punto de vista apasionado con sus odas a las locomotoras y a los tanques. En tanto, el surrealista André Breton escribía: "No se me hable del trabajo, quiero decir del valor moral del trabajo. Me veo obligado a aceptar la idea del trabajo como necesidad material; a ese respecto, me inclino decididamente en favor de su mejor, es decir, de su más justa repartición. Que las sinistras obligaciones de la vida me lo impongan, sea; pero que se me pida que crea en él, que reverencia el mío o el de los demás, nunca".

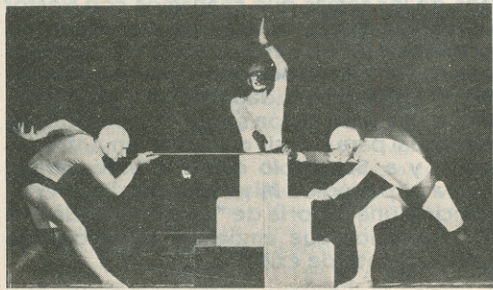
Aunque menos idealizada que la visión bretoniana, las palabras vertidas por otros personajes de la cultura moderna cabalgan sobre ese mismo sentido. Al respecto, Le Corbusier expresó: "El empleo de la máquina ha transformado por completo las condiciones del trabajo. Ha roto un equilibrio milenario asestando un golpe mortal al artesanado, vaciando los campos y engrosando las ciudades (...) Un ritmo furioso que, unido a una desalentadora precariedad, desorganiza las condiciones de la vida al oponerse a la conformidad de las necesidades fundamentales. Las viviendas abrigan mal a las familias, corrompen su vida íntima... el mal es universal y se expresa en las ciudades, por un hacinamiento que las convierte en presas del desorden, y en el campo, por el

abandono de numerosas tierras".

En la sociedad de consumo actual, cada vez con más insistencia, se entremezcla el ocio con la producción. Alguien trabaja para que otro descansa. A la inversa, cuando alguien momentáneamente no trabaja y se dedica a la ociosidad, consume objetos que provee el sistema productivo. Por eso los ensayistas Gilles Deleuze y Félix Guattari afirman que: "No existen circuitos o esferas relativamente independientes: La producción es inmediatamente consumo y registro. Por lo tanto todo es producción: producciones de producciones, de acciones y de pasiones; producciones de registros, de distribuciones y anotaciones; producciones de consumos, de voluptuosidades, de angustias y de dolores. Todo es inmediatamente consumido, consumado e inmediatamente reproducido".

Más allá de eso, en la vida cotidiana, la cultura del trabajo incluye períodos de desocupación y de subocupación, bajos salarios, diversas ocupaciones no calificadas, trabajo infantil, ausencia de ahorros, escasez crónica de dinero y escasez de reservas alimenticias en las casas, como estigmas insalvables de una especie viviente que retrocede avanzando, no habiendo superado aún la "Edad de Barro" de su propia historia.

Ricardo Ragendorfer.



EL ESPACIO DE LA ORGIA

—Una conversación con Néstor Perlongher—

Por Osvaldo Baigorria

Conocido en medios literarios, en parte por su único libro de poemas (*Austria-Hungría*, 1980, Tierra Baldía), en parte por colaboraciones en revistas y en parte por lecturas de material inédito (su cuento *Evita*, traducido y publicado en inglés y portugués, continúa bajo censura en Argentina), Perlongher —la Rosa Luxemburgo, la Rosa de Lima— tiene un perfil de popularidad en el underground porteño por sus extremas intervenciones en la política sexual de la década pasada, cuando el Frente de Liberación Homosexual solía participar en manifestaciones típicas de aquel momento. Yo lo conocí en una discusión sobre si era correcto o no celebrar el Día de la Madre, arrojando huevos podridos a las estatuas maternas que ornamentan ciertas plazas porteñas; y creo que a influencia de Néstor la decisión final fue concentrar las críticas sobre la figura del Padre (un mejor victimario). Pero en todos estos años mucho agua ha pasado bajo los puentes, y ese agua logró aplacar —cuando no apagó— la llama de las certezas.

Poder, sexualidad, familia, nomadismo, Foucault, el sida y la promiscuidad fueron algunos de los temas que charlamos con Néstor durante su fugaz visita a esta ciudad, en los primeros días de junio, antes de volver a sus cursos (*Deseo y Sociedad*, Antropología Urbana) en la universidad brasileña de Campinas, a su investigación sobre prostitución homosexual para la tesis de Master en Antropología, y a San Pablo desde donde definió —para el periódico *Miami Herald*— su pertenencia a una minoría de “exiliados sexuales”. Y le pedimos que empezara desarrollando ese concepto de exilio:

Mirá, mucha gente se fue durante la época de la dictadura, porque era insoportable ser gay en la Argentina. Era cosa de salir a la calle y que te llevaran. Ni siquiera te agarraban porque habías tenido relaciones con alguien; era por tu manera de caminar, por el pelo largo, por el look. Cuando te pedían documentos, hasta te preguntaban si eras soltero. Yo en realidad me fui en el 81, o sea que me banqué los peores años. Y realmente fue un exilio, pero a la manera de esos exilios microscópicos, moleculares: la gente se va sola, o en pequeños grupos, sin asumir su condición de exiliados.

—¿Y ahora? Tiene final ese exilio?

— Yo lo que veo es que en la Argentina hay más libertad, pero el aparato paralegal está intacto. Han proliferado una serie de publicaciones que estimulan la sexualidad en forma permanente, pero es una cosa muy foucaultiana, con una estimulación en el plano netamente discursivo e hiperconsumista. Y todo eso no implica la desaparición de los mecanismos estrictamente represivo. Y también está la cuestión de la caza al diferente, que en Brasil no se siente tanto.

—¿Será un problema de que las estrategias del poder aquí son más arcaicas? Como que hay una etapa de desarrollo histórico, en que el poder prohíbe lo sexual y más tarde crea un dispositivo para intensificar ciertos placeres.

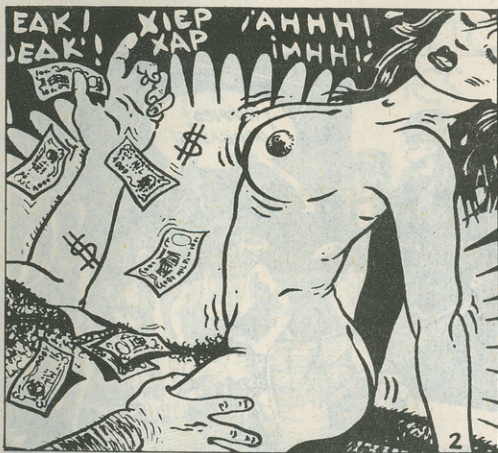
— Es un poco así, pero lo curioso es que en Argentina

esa represión en realidad no es tan arcaica. Los mecanismos actuales se establecieron en el peronismo, a partir del 46, cuando aparecen la mayoría de los edictos policiales. Se barre así con una sexualidad popular, que algunos sociólogos llaman *mediterránea* (para diferenciarla de la nórdica, puritana), y sobre sus restos viene una aplanadora e instaura eso que se llama dispositivo de sexualidad, cuya función básica —para decirlo muy sintéticamente— es enganchar al sujeto al sistema a través de sus deseos. Pero cuidado: porque en Argentina ese dispositivo parece ser discursivo, más que práctico. Aquí no hay orgía. Y el dispositivo de sexualidad se superpone a lo que Foucault llama dispositivo de alianza (el matrimonio, etc.) y no lo elimina. Entonces, esa ofensiva discursiva, periodística y onanista, con sus promesas de felicidad sexual, a nivel práctico es falsa, porque sigue existiendo la represión, el 2do. H y demás edictos. Y de alguna manera, este nuevo dispositivo puede funcionar porque tiene aquí otro detrás.

—Pero, ¿cómo podemos hablar de represión sexual después de Foucault? En los años 60 y 70 era más fácil concebir al poder como algo negativo y prohibitivo respecto del sexo, pero con la moda foucaultiana, el sexo pasa a verse como parte de ese dispositivo en que se basa el poder para seguir funcionando. ¿Cómo se puede aplicar esa teoría a un país como éste, donde el poder parecé seguir diciéndole que no al sexo?

— La cosa es muy ambigua. Yo puedo ver como todo esto funciona en el ghetto gay. La homosexualidad —una palabra demasiado médica—, o 'el campo donde son posibles las relaciones entre hombres' —para restringirnos un poco, porque la homosexualidad femenina es otra cosa— era, en una situación de represión, un punto de fuga. El sujeto salía de la familia y del barrio, y al meterse en esas instancias de sexualidad nómade, al salir a deambular, a yirar, para aquellos que venían de una vida relativamente normal, sedentaria, era de alguna manera un punto de fuga, un punto de desterritorialización. Ahora, el gay liberation quería utilizar la marginalidad para 'hacer la revolución', usando el lenguaje de la época. Y trató de trasplantar al campo de lo sexual todo un arsenal de metáforas venidas del campo político marxista o de cierta subcultura marxistoides, y ese trasplante no siempre funciona bien. Entonces lo que el gay liberation hizo fue procesar desde la izquierda cierta integración al sistema. Vos fijate que el FLH, ya en aquella época, se alineaba en lo que era la 'izquierda homosexual'; y todo eso ha sido un poco arrollado por la comercialización, el consumo, la apertura de un nuevo mercado sexual donde el cuerpo es un objeto de valor, más que de uso. ¿no es cierto?

—Lo que pasa es que en todo discurso liberacionista las cosas son más fáciles, más blanco y negro: el poder oprime y niega al sexo, y entonces lo único que hay que hacer es liberarlo. Hoy se ven otras estrategias, con el poder basándose en una intensificación de lo sexual para funcionar. Pero al menos el liberacionismo proveía de una causa concreta por la cual luchar. Hoy, en 1985, ¿qué es aquello por lo



que vale la pena luchar?

— Yo pienso que el liberacionismo abrió todo un espacio de libertad y de cuestionamiento, un espacio de politización de la sexualidad. Lo que pasa es que del dispositivo salen estrategias diferentes. Cuando se produce lo que se dice 'coming out' en Estados Unidos, 'desbunde' en Brasil (de 'bunda', culo; desculo), y que se llamaría eventualmente destaque en España, o sea, cuando crece el dispositivo de sexualidad, creando una especie de permisividad para entrar en los boliches, para poder lucir ciertas ropas (determinadas, caras), entonces ahí la cuestión se complica. Porque si —para tomar un referente concreto— la homosexualidad era un punto de fuga, ahora el punto se tapona. Y deja de ser tal. Entonces el sujeto ya no está saliendo de la familia y del sedentarismo, sino que está reenganchándose y reciclándose en un nuevo circuito.

—¿Crear entonces nuevos puntos de fuga?

— Yo creo que los espacios están dados para que vos entrés en las leyes del mercado sexual (que prome-

ten una pseudo felicidad acolchada, y que en realidad sólo producen angustia frivolidad) o para que usés los espacios para crear nuevas formas de nomadización. Y una de esas formas está, curiosamente, en el espacio de la orgía.

Los buracos, los agujeros que ese mismo dispositivo ofrece, pueden también ser usados en alguna otra dirección.

—O sea, que la orgía permite usar los agujeros en varias direcciones...

— Pero, ¿se entiende lo que quiero decir? Claro, el problema es que nosotros ya no tenemos certezas. Y la cosa va a depender de nuestra inteligencia, genio y capacidad de ser señores de nuestro deseo.

—Lo que pasa es que el deseo está siendo permanentemente tomado y ocupado por el poder. Inclusive aquí en la Argentina, ya no podemos concebir a un deseo neutro, autónomo con respecto de las estrategias del dispositivo de sexualidad. Aunque la cosa se maneje en un área discursiva, hay una estimulación del deseo. Y una integración.

— Para mí lo interesante

es que este dispositivo puede crear, como se ha visto en Brasil, una territorialidad que cambia el paisaje urbano: los gays allí ocupan una parte de la ciudad, lo cual crea una especie de agujero en una sociedad sedentaria y familiarista.

—El poder entonces encasilla y clasifica. Más tarde —como pasa en Estados Unidos— entra a residencializar los ghettos: aparece la policía gay, y el poder sabe dónde está y qué hace cada uno.

— Sí, pero un momento, porque el poder sabe, pero el deseante también sabe. Y esa territorialidad urbana permite plantearse la posibilidad de alianza entre distintos marginales, y la ocupación de espacios. Y después pasar a plantearse la autoadministración, desplazando a la policía, por ejemplo. El problema es que la cuestión de la identidad, la política de 'asumirse', a esta altura no tiene demasiada utilidad. Lo interesante no es que el tipo se 'asuma', sino que pueda fluir, que pueda circular. En Argentina, la cuestión de las libertades cotidianas es una propuesta que hoy debe colocarse en primer lugar, respecto de la asunción de la homosexualidad, por ejemplo. Ahora, los que siguen siendo más sensibles a este tipo de propuestas, son los homosexuales. De alguna manera, se termina ese movimiento gay; pero lo que no termina es esa conflictividad de la homosexualidad y de una sexualidad no-familiar.

—¿Se termina el movimiento gay?

— 'El golpe de muerte al movimiento gay es el SIDA, el AIDS, que termina fusionándose en un 'movimiento GAIDS', o sea, la producción de nuevas exclusiones. Hay un corrimiento de las fronteras de la normalidad: se excluye ahora a aquellos que no 'asumen' su homosexualidad: el congo, el

hombre casado que se va alguna noche con una loca por ahí. Y luego, se excluye a la promiscuidad. El SIDA es posible, como dispositivo, sólo a partir de la revolución sexual. Porque para obtener la disciplinización del cuerpo que el SIDA exige, vos tenés que confesar que hubo penetración y eyaculación dentro del ano. Si vos tenés una situación en la que tal relación no puede ser dicha, entonces el SIDA queda como enfermedad prohibida. El SIDA sólo podía aparecer en este contexto: por un lado, esa corporalidad debe ser mostrada, exhibida, asumida; a partir de mostrar todo, se puede diagnosticar y disciplinar. Antes, los **anormales** estaban afuera de la fiesta, afuera de la familia y afuera del consultorio. Ahora no; que entren: aquí tienen su número, esperen turno a tal hora, etc. Y ahora que son normales, que se sometan a los mecanismos de disciplina corporal de la sociedad.

— ¿Viene a prohibir la sodomía?

— En realidad lo que se viene a prohibir es la promiscuidad. Ojo, que el poder no está planteando la abstinencia. Lo que se está estimulando es la monogamización y la familiarización de los perversos.

— La pareja, sea gay o hetero. La relación "limpia".

— Claro. O sea, los promiscuos ya teníamos una relación con el poder médico vía las enfermedades venéreas. El descubrimiento de la penicilina de algún modo sacó fuera de la cancha el último obstáculo de la indiferenciación sexual. Entonces, en una clínica en Brasil a mí me ponen: 'Sexo: promiscuo'. Vas a hacerte un examen, porque te pescaste una gonorrea, por ejemplo, y te preguntan: '¿Cómo se la agarró? ¿Conoce con quién tuvo la relación...?' Y si no conocés, sos promiscuo. A mí nunca se me había ocurri-



do que entraba en esa categoría. A partir de entrar ahí, descubro que —aparentemente— tengo 'otra' sexualidad. Y esto me ha servido para aclararme las cosas a mí mismo. Porque de alguna manera yo seguía pensando en la ilusión conyugal, que en el ghetto gay era más o menos así: la represión a la homosexualidad tenía, como compensación, la ilusión de que el sujeto no tenía pareja porque la homosexualidad estaba prohibida. Retirada la prohibición, el sujeto podía realizar su felicidad conyugal. Entonces el SIDA pone las cosas en su lugar, porque te permite descubrir que vos tenías 'otra' sexualidad negada; porque la promiscuidad siempre fue considerada algo sucio, pasajero, nómada. Por eso yo veo a la promiscuidad como punto de resistencia, o por lo menos, punto a través del cual se puede resistir.

— **¿No puede ocurrir con la promiscuidad lo mismo que con la homosexualidad? ¿Una nueva integración, una nueva delimitación de territorios?**

— Bueno, el problema es que si nosotros ya no podemos hacer política de certezas, habría que ver cada situación concreta. Evidentemente, todos esos gigantes ideológicos (la Gran Revolución, la Gran Liberación, la Identidad Sexual) no son de una utilidad muy valiosa y en verdad resultan muy sospechosos a esta altura de las cosas. Lo que pasa es que con la integración de la promiscuidad la cosa no es tan fácil, porque, ¿dónde va a parar la familia? O sea, en toda esta cosa de la revolución sexual, quedó la familia; reestructurada, más abierta, más progresista, pero quedó. Y lo que ahora se pretende es también familiarizar la homosexualidad. Entonces, esa promiscuidad que el SIDA deja como marginalidad total, como zona de exclusión, puede convertirse en un nuevo punto de resistencia. Porque el problema no es tanto la familia; ¿y el Edipo? ¿dónde va a parar con la promiscuidad? Y ahí pasaríamos de Foucault a Deleuze, tal vez

— **¿Continuar cuestionan-**

do a la familia desde el espacio de la orgía y la promiscuidad?

— El cuestionamiento siempre sigue siendo pertinente; lo que pasa es que ha sido ocultado por toda esa superficialidad, esa inflación del cuerpo. El cuestionamiento iba en dirección a una multiplicación del placer, y al mismo tiempo una singularización de los sujetos, para que cada uno pudiese encontrar cuáles son sus puntos de goce, sin dejarse arrastrar por esa inflación corporal del dispositivo de sexualidad y sin dejarse seducir por las ilusiones de la represión. Estas ilusiones nos seducen con la idea de que en la sexualidad hay un misterio terrible y que por eso está prohibida; a partir de ahí, creés que si se descubre ese misterio se encontrará la felicidad. Yo creo que en su momento, el **gay liberation** fue una manera de salirse de la familia, de nomadizarse. Y que luego el liberacionismo entra en contubernio con el dispositivo de sexualidad, mediante la política de 'asumirse'.

Con el crecimiento del mercado, se precisa armar un sector **gay**, porque entonces la asunción discursiva pasa a tener valor de diferenciación y crece el status en el mercado sexual. Asumirse como **gay** implica decir: yo no me acuerdo con ese porque no es gay.

— **¿Qué se puede hacer con todo ese dispositivo? ¿Evitar ser categorizado en una minoría, es suficiente?**

— No sé, pero la cosa tiene que ser más de confluencia que de sectorización. Hoy tenés que tratar de hacer movimientos lo más amplios posibles, movimientos que sirvan para soltar y multiplicar las conexiones entre los cuerpos, no para disminuirlas. Y la cuestión sigue siendo encontrar alguna singularidad, algún punto de fuga y algún punto de goce.

La vendedora de café, con sus ropas viejas y raidas, sus uñas barrosas y sus manchitas color rosado en la piel, espera turno en la cola de las seis de la mañana, frente a la Sala de Dermatología del Hospital Fernández. Hay un círculo de silencio y vacío a su alrededor, mientras ella mordisquea un sandwich envuelto en un papel de diario y bebe su cafecito despacio. Pero cuando una señora gorda bien vestida se le acerca demasiado, la vendedora reacciona: "Apártese, doña, ¿no ve que estoy comiendo?" Como todos se alejan más aún, yo me quedo como preguntándole por qué esa distancia. "Esa vieja es sucia" me confía la vendedora de café. "Tiene mal olor. Yo a las que apestan las reconozco de lejos".

Como tantos otros marginales, el infectado experimenta un fenómeno de sobreexposición (todos lo señalamos con el dedo), junto a un fenómeno de invisibilidad (todos apartamos la vista y negamos su existencia). Podemos estar infectados, pero apenas el poder médico hace su diagnóstico, ya no estamos, y pasamos a ser (tuberculosos, sifilíticos, etc.). O sea que lo interesante de las infecciones es su capacidad de crear contagiosas minorías. Nadie está a salvo de la infiltración filotrotzista de los microorganismos; y sin embargo nadie cree que puede terminar como ese viejo que tose y escupe una flema verde-oscura, farfullando frases ininteligibles cada tanto.

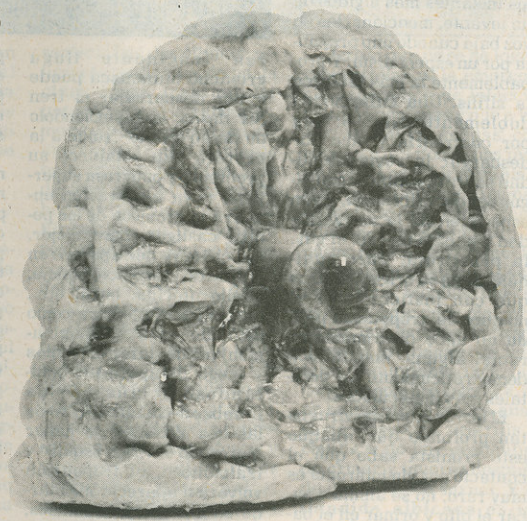
¿Qué sabemos de infecciones y contagios? Todo conocimiento viene filtrado por la memoria de las pestes que mataron a un tercio de la población europea en un pasado siempre presente. Hay que visitar los hospitales de infecciosas para sentir en carne propia el renacimiento de los miedos más medievales: ¿Deberé lavar todas mis ropas después de

UN TOUR POR EL GHETTO DE LAS INFECCIONES

AHI VIENE LA PLAGA

POR OSVALDO BAIGORRIA

LA SÍFILIS, LOS INQUIETOS GÉRMENES DE LA BLENORRAGIA ASÍ COMO LAS PLAGAS MÁS HEAVY-METAL (BUBÓNICA, DIFTERIA, COLERA, DISENTERIA) DESFILAN POR ENTRE LAS LÍNEAS DE ESTA NOTA.



haber entrado en la sala de tuberculosos? ¿A qué distancia me ubico de ese tipo que se rasca tanto? ¿Me enjuagué las manos luego de tocar aquel picaporte? ¿Por qué me estará picando tanto el cuero cabelludo?

Los catorce que murieron por el SIDA en este país nos pueden hacer olvidar que el resto de las infectocontagiosas nunca nos abandonaron. Ni perdieron terreno los mitos que la ideología fabrica acerca de cómo se transmiten los virus. Aislar a los apestados sirve para olvidar que todos somos apestados, al menos en potencia. Y sólo un tour por esos ghettos donde se encierran las manzanas podridas de la cosecha humana nos dirá cuánto de verdad y cuánto de falacia hay en la relación entre los virus y sus portadores: como un subalquiler sin contrato, la interacción entre los dueños y los inquilinos del cuerpo es tan simbiótica que no siempre el desalojo es deseable.

En los límites del esputo desecado

Por las calles y jardines de esa Ciudad de las Pestes que es el Hospital Muñiz, microbios y portadores conviven sin preguntarse demasiado por su origen. Las salas se conocen por un número, y los leprosos se juntan con los tuberculosos o los sifilíticos, los días de sol, a conversar o a jugar a las damas en tableros improvisados. Los infaltables gatos se restregan contra las piernas humanas, las ratas se aprovisionan de basura en los subsuelos, los piojos de pelo en pelo, y el mate pasa de mano en mano.

"Algunos ni se quieren ir, si andaban linyereando cuando los trajeron y no van a volver así nomás a la calle" cuenta Oscar, chaqueño de treinta años a quien ningún familiar visita por miedo a contagiarse de su tuberculosis. "Entonces no toman la

medicina, pa' que no les den de alta. Total, enfermera casi ni se encuentra el fin de semana, y hay que andar buscando por todo el hospital si uno quiere tomar medicamento'.

Desayuno de mate cocido, cuatro pancitos que deben durar todo el día, sopas con harina a medio cocinar, guisos con carnes grasosas: para algunos, al menos es comida. La piel se oscurece y el acento se provincianiza cuando uno se aproxima al corazón del ghetto. Aurelio es un entrerriano de casi setenta años que lleva quince meses internado: "Tuve una congestión de pulmones en el año 47 y desde entonces me hice revisar cada tres meses. Nunca dejé el cigarro porque mis cinco hijos nacieron bien, así que yo creí que no tenía germen. Pero de repente me descubren el bacilo. El médico me había advertido: 'Beba si quiere, hágase alcoholista (alcohólico), pero no fume'. No le hice caso y ya ve".

Rosa Díaz es una paraguaya de unos cuarenta que a los veinticinco se enfermó de tuberculosis y desde entonces se la pasa entrando y saliendo de los hospitales. Desde una cama del Tornú, opina: "No es el cigarrillo, es el polvo que hay por todas partes. Yo me enfermé trabajando en la fábrica Grafa, que está llena de humedad mezclada con la pelusa de los hilados. Hay que cuidarse de los microbios, joven; lévese siempre un pañuelo sobre la nariz cuando camina por la calle. Y apenas tenga gripe, vaya a ver al médico".

En realidad, el inquieto Bacilo de Koch no es hereditario, y la transmisión ocurre por inhalación, ingestión o inoculación cutánea del esputo fresco y resbaladizo que alberga tanta microvida. Y aunque tampoco hay que andar por ahí olfateando esputos desecados, recordemos que nadie se contagia por una charla o

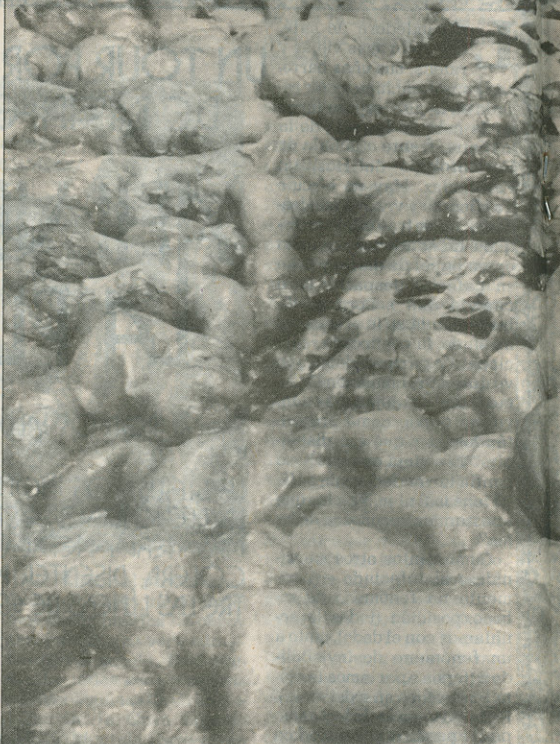
intercambio de ideas con un enfermo, a menos que esas ideas sean subversivas respecto del orden médico u otros órdenes.

La tuberculosis, que ocupa el séptimo lugar en el ránking de mortalidad mundial, debe su nombre a esos tubérculos o nudos redonditos, sobresalientes, sólidos, que a veces invaden los planos profundos de la piel. Pero en general ataca primero el aparato respiratorio, y sólo más tarde los huesos, articulaciones y piel. De todos los infectados, el tuberculoso lleva tal carga de discriminación, que se la pasa disputando el primer puesto junto a ese paria (no contagioso, según hoy se dice) que es el leproso.

La penetración del chancro

Todo un grupo de infecciones caen en la categoría de vergonzantes: a las venéreas no hay más remedio que ocultarlas ante los mejores amigos o familiares, borrarlas de la memoria en los instantes más álgidos de un levante, mencionarlas en voz baja cuando una pregunta por un especialista. Y probablemente la más tabú sea la sífilis. Una enfermedad doblemente culposa; una por contraerla y otra por descargar la responsabilidad sobre el contacto con algún ser desvalorizado, algún espécimen de la marginalidad y el bajo mundo: el gay, la prostituta. Pero cualquiera sea su origen, el virus que con justicia lleva el nombre de **treponema pálido** no hace discriminación racial alguna, empalidece democráticamente los genitales más inmaculados.

El terror ante este virus es tan profundo que, aunque este cronista sabe que el contacto por vía indirecta es muy raro, no se animó a sacar el pito y orinar en el baño del pabellón de sífilíticos, como si el mismo aire fuera contagioso. Y sin embargo,



esa fascinante llaga grisáceo-blancuzca puede hacer descarrillar el tren del deseo, enloqueciéndolo de deseo mismo, frente a la barrera que establece su prohibida y peligrosa superficie, cuya penetración encierra la promesa de los peores castigos. Para mejor, ese chancro que aparece en el sitio de inoculación (pene, cuello uterino, boca, etc., permítase el etcétera como estímulo para la imaginación) puede durar unos días y luego desaparecer, ocultándose incluso a las pruebas de sangre dentro de las dos semanas de haber ingresado el virus. Esquivo y traicionero, el treponema volverá a aparecer más tarde en nuevas ulceraciones, altamente contagiosas, y alejadas de la zona de inoculación. Y volver a ocultarse,

permaneciendo en latencia en un 80 por ciento de los casos, carcomiendo solapadamente los huesos, arterias y sistema nervioso.

Otras venéreas no son tan malignas: la gonorrea o blenorragia, que se transmite por vía urogenital y que cuando pasa a ser crónica puede provocar esterilidad, o el herpes, virus filtrable que inflama los ganglios y produce fiebres de alta temperatura si queda sin tratar. Los tratamientos son habitualmente con reposo, analgésicos, antibióticos y rigurosa observación de doctores que suelen estar siempre listos a satisfacer sus deseos voyeurísticos.

"Me desnudaron sobre una camilla y me hicieron abrir de piernas" cuenta María L., una prostituta de 16 años, "ante una procesión



de médicos, que se paraban a mirar con deleite el chancro que yo tenía en la vagina. A uno hasta se le caía la baba. Nunca me sentí más tratada como puta que en ese momento”.

El “heavy metal” de las plagas

A partir de la generalización de los antibióticos, la sociedad contemporánea logró mantener bajo relativo control a las pesadas: la bubónica, provocada por el *Pasteurella pestis* que habita en las pulgas de los roedores, está casi fuera de circulación; pero a no confundirla con la mucho más común peste neumónica, o neumonía pestosa, que —como otras afecciones del sistema respiratorio— produce un esputo riquísimo en bacilos. El cólera, la difteria, la di-

sentaría (las dos últimas, peligrosas para niños de hasta cinco años), transmitidas por vómitos, excrementos, moscas y contaminación del agua, están normalmente bajo control. Los tífus, producidos por un número de bacterias conocidas como *Rickettsia*, se transmiten por medio de piojos humanos o de ratas, manifestándose en llamativas erupciones que aparecen por todo el cuerpo, ocultándose a la vista por no afectar tanto al rostro o a las manos. Por último la tifoidea, aún de relativa frecuencia, producida por la *Salmonella typhosa* que habita en roedores, y que provoca fiebre, dolor abdominal, hemorragias, perforación del intestino y miocarditis. Para todas, los antibióticos son santo remedio.

Pero lo que no se ha logrado controlar es la emergencia esporádica de infecciones más benignas y que a veces aparecen apenas con rascarse allí donde nos picó un piojo. Los *Pthirus pubis*, o ladillas, pueden ocasionar seductoras manchas color celeste, transformando el pubis más angelical en un triángulo intocable. Las *sca-bies*, unos bichitos que se meten debajo de la piel, producen una especie de sarna llamada escabiosis. La bacteria *Escherichia coli*, que como su nombre lo indica, es un habitante de la zona anal, suele provocar uretritis y cistitis si no hay costumbre de orinar y lavarse después de una relación sexual. Y la *Cándida albicans* es un microbio que produce intensos olores vaginales y un flujo lechoso y pesado que tam-

bién puede llegar a tener sus admiradores. Estas serán las infecciones tipo “new-wave” y postmodernas, luego del fin de la era de las pesadas.

¿Qué pabellón nos estará aguardando al final de este sucio y maloliente recorrido por la vida? Volviendo al SIDA, que parece ser la “solución final” (elimina todos los ghettos), el médico Ricardo Leschot nos advierte: “Lo que está empezando a morir es una falacia médica, según la cual hay un virus para cada enfermedad. En realidad, lo que hay son ambientes que albergan conjuntos de virus, y estos enferman a las personas más vulnerables. Un virus solo no puede prosperar en un terreno estéril; alguien que está expuesto a un bombardeo constante de organismos tiene más deterioradas sus defensas vitales. Pero fíjate qué paradoja: la gente de clase media, que se horroriza ante cada posibilidad de que venga una plaga, es la que —por su tipo de vida— está menos expuesta a esas enfermedades”.

Invitemos entonces a las familias a ir de picnic los domingos al Muñiz, al Tornú, a General Rodríguez, a tomar contacto con la realidad que nos espera cada vez que besamos, cada vez que no hervimos el agua, cada vez que no lavamos los orificios por donde pasaron los fluidos de nuestros enamorados. Esta sociedad tiene reservados sus basurales para el día en que no seamos más hermosos, saludables, jóvenes y óptimos para producir. Y ni vale la pena que nos dejemos vencer por el pánico. Apestar es nuestro destino potencial, porque —precauciones aparte— la infección es el precio a pagar por la vida. Que la necesidad de neutralizar sus formas más peligrosas no logre esterilizarnos el alma hasta dejarla limpia y pura como un cubito de hielo.

El canto del cisne

Por Cristina Civalé



Con un tajo fatal entre las piernas, así una se asoma al mundo por otro tajo tan fatal y doloroso. Con un llanto iniciático, prolongado y sin consuelo que sospecha con precocidad que aunque los avances de la ortopedia hubiesen alcanzado ese sumo grado de desarrollo, igual no sería lo mismo. Un trozo de carne menos, quizá la ausencia compensatoria de la mítica costilla que nos obsequió Adán, interesadamente. Sin marcas de poder al alcance de las manos, en horas antojadizas, en momentos irrisorios. Con la condena humillante de préstamos de por vida. Sin pito, y sin flautas tampoco, así una nace y así una va a morir. Es irreversible, no hay vueltas.

El gateo de la infancia se pierde el pitito remolón que oscila de pierna a pierna. La infancia se pierde al rozar el penecito con la mano y con ella atrapar el poder. Una se perdió de chica todo eso. Una se pierde y no es que se entreveren los sexos, es que ya se empieza a sentir una nostalgia por lo que no pudo ser, un molesto escozor que anuncia centelleos de inseguridad y la necesidad de construir cada vez que se pueda un pene sustituto, un falo incommovible, para alzar con orgullo el estandarte de niñas po-

derosas. Un pito gigante de cotillón que avasalle a millones de pitos insignificantes o con infulas de significancia, penes de carne sin hueso. Un buen cotillón nunca falla.

El tajo ya sangra

Pero los jueguitos de la infancia son inservibles para una sana muchachita adolescente. Muchachas que, con la vida que se les viene encima, vivirán bajo la amenaza constante —aunque atrayente— de un arma puntiaguda y sin filo que inevitablemente las desvirgará. El tajo será rozado, atravesado, desflorado. Una se sentirá querida, contenida pero doblegada. No por haber sido desvirgada sino por saber que en la situación inversa —ella desvirgadora, de escasa concreción en la realidad— tendrá un nulo poder de penetración. Por eso, aun así, será rozada y atravesada, pero no doblegará. Penes doblegadores de chicas en flor, despertadores de envidia de quienes no lo portan, son los únicos culpables de provocar a los deseadores de su extinción. La conciencia del hueco y el rechazo asesino son simultáneos, afianzados para esa época por el tajo que empieza a sangrar, periódicamente sangra, como para dejar claro que ese tajito no

es más que una herida absurda.

El pito es una contingencia

Ya por esos tiempos una empieza a notar que un pito en sí mismo no significa nada. Lo que pasa es que su ausencia perpetua remite a otra ausencia perpetua: a falta de pito, falta de referente que simbolice el poder. Pero no es cualquier poder el que una se resigna a no tener. Otros poderes con sus símbolos surgen de otros referentes. Es la omnipotencia la que se nos niega. El fallo ausente, que abandona como si una fuese una percañta traidora, es un cross a nuestro orgullo compungido, que no acepta claudicación.

La muchachita ya comienza a conocer su límite absurdo, el tajo entre las piernas. Desde entonces se irá inventando coartadas de vida en las que el fallo no sea imprescindible. En caso de serlo, desmitificará su importancia con hábiles jugadas en las que convertirá al pito en una intrascendente contingencia biológica.

Ya maduras, con astutas maniobras darán vuelta la taba. De doblegadas a doblegadoras, de humilladas a humilladoras, de castradas sin remedio a castradoras.

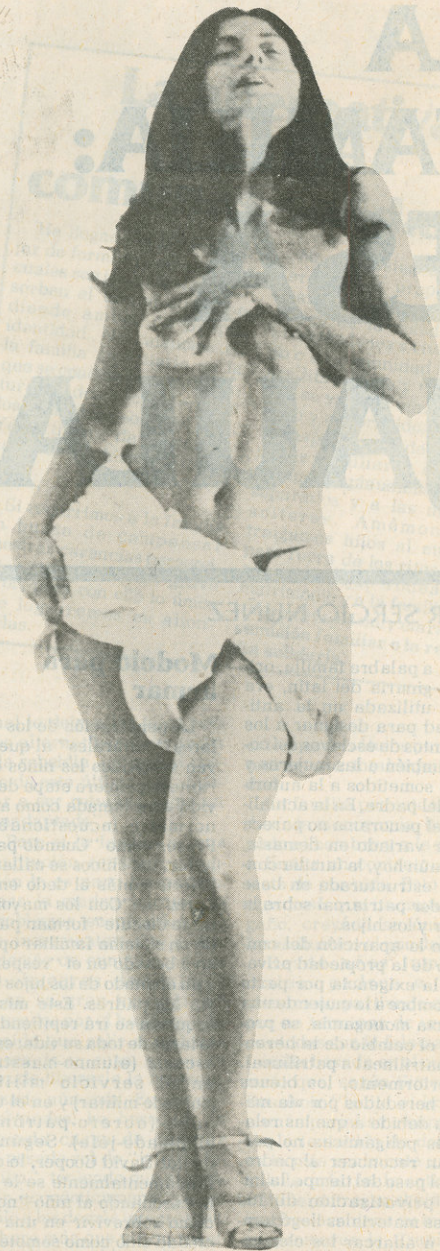
El odio rebana

El pene feroz que sus mayores les espetaron con desparpajo soberbio, pitos masculucos refregados por abuelos, padre, hermanos, primos, compañeritos de escuela, vecinitos de la cuadra, amiguitos de la infancia, púberes tiranos de la adolescencia; todos ellos provocadores de un ansia cortante y cortadora de la que serán beneficiarios novios, amantes, amigos, hijos, sobrinos, yernos, nietos, hombres de cualquier tipo que amaguen con esgrimir su pene con descaro incons-

ciente.

Maquinaciones diarias, resabio amargo de una no resignada incompletud, marcarán el destino de las despenadas, convertidas en despreciadoras eternas de los portadores de pito, a los que secretamente necesitarán, por los que a escondidas se rasgarán las vestiduras pero a los que, cual medias jasoneadas, igualmente odiarán, con un odio asesino. El odio, fuente inagotable de fantasías, dictará órdenes fantaseadoras de lo que jamás podrá ser. Urdirá venganzas imposibles, armará estrategias impracticables que ensombrecerán las pequeñas fantasías cortadoras de cada día, que empobrecerán las eficaces venganzas diarias y las tácticas más lúcidas. Porque apunta a un corte definitivo, masivo, mortal. Por él una se imagina rabanando pitos y repartiéndolos a las desposeídas para equilibrar la balanza de la historia y de la biología. Pero la impotencia de la omnipotencia, quizá por cobardía o por falso sentido de la limpieza —porque la sangre mancha y cuando se seca no sale con agua y jabón— impedirá el cuchillazo redentor.

La angustia se agranda porque nunca se podrá realizar el acto justiciero. Queda el consuelo, rastro como todo consuelo, de que la mayoría de los portadores de pito no conocen nuestras aspiraciones. Y así se convierten en bestias doblegadas, humilladas, castradas, a las que sólo nos acercamos para que, cada vez que querramos, nos presten un generador de referente simbólico del poder. Aunque pensándolo bien, esto nos pone en una posición ventajosa con respecto a los exclusivos portadores. Mientras ellos sin saber se resignan a tener un solo pito; nosotras, no teniendo en realidad ninguno, podemos tenerlos todos.



LA FAMILIA: ESA JAULA

POR SERGIO NUÑEZ

La palabra familia, originaria del latín, era utilizada en la antigüedad para designar a los conjuntos de esclavos así como también a las mujeres y niños sometidos a la autoridad del padre. En la actualidad, el panorama no parece haber variado en demasía, pues aún hoy, la familia continúa estructurada en base al poder patriarcal sobre la mujer y los hijos.

Con la aparición del concepto de la propiedad privada y la exigencia por parte del hombre a la mujer de una estricta monogamia, se produce el cambio de la herencia matrilineal a patrilineal. Anteriormente, los bienes eran heredados por vía materna debido a que las relaciones poligámicas no permitían reconocer al padre. Con el paso del tiempo, la inicial privatización de los bienes materiales llegó también a abarcar los elementos humanos.

Modelo para armar

La penetración de los valores "culturales" al que se ven sometidos los niños durante la primera etapa de su vida será tomada como algo normal e incuestionable. Frases como "Cuando papá habla, los chicos se callan", "No te metás el dedo en la nariz" o "Con los mayores no se discute" forman parte de un sistema familiar represivo basado en el "respeto" y en el miedo de los hijos hacia los padres. Este mismo esquema se irá repitiendo a lo largo de toda su vida: en la escuela (alumno-maestro), en el servicio militar (soldado-militar) y en el trabajo (obrero-patrón o empleado-jefe). Según el doctor David Cooper, lo que fundamentalmente se le está enseñando al niño "no es cómo sobrevivir en una sociedad sino como someterse a ella".

La familia, pese a ser el primer eslabón carcelario con que se encuentra todo ser humano no bien llega a este mundo, ha logrado hábilmente simular ser el reino del amor, la felicidad



Obviamente, la sexualidad infantil no está exenta de todo este bagaje familiar-represivo. Ya a temprana edad le serán cohartadas las pulsiones sexuales hacia sus progenitores. Se conscientizará al niño de que su cuerpo es algo pecaminoso y sucio, haciéndole sentirse culpable. Claro que todo este proceso se da a una edad en la cual el niño no está capacitado para percatarse de los mecanismos que lo condujeron a ser de un modo predeterminado.

Todo lo relacionado con lo sexual pasa a ser religiosamente silenciado dentro del seno familiar por ser considerado algo que atenta contra un orden preestablecido. Así es como comienzan a crearse silencios abismales entre sus integrantes, la comunicación se dicotomiza y se incrementa el desconocimiento humano. La familia se transforma en una suma de entes aislados y asolidarios. Hijos que se esconden en los baños para masturbarse y padres que hacen el

y la comprensión. Pero hoy en día, matrimonios que entran en crisis e hijos que huyen de sus hogares son los síntomas más visibles de la falacia de la familia.

La alternativa de las comunas solidarias

Ha llegado la hora de dejar de formar parejas en las cuales sus integrantes se absorben el uno al otro, perdiendo ambos su propia identidad. No caigamos en la familia autoritaria en la que se concibe como algo natural el dominio de uno de los individuos sobre el otro. Ya es tiempo de desenmascarar al machismo paternalista.

Si recurrimos a la familia en busca de compensar nuestras carencias personales, cometeremos un grave error, pues con ello lo único que lograremos es ahondarlas.

No nos resignemos a perder nuestra propia individualidad, pero no la canalicemos en la soledad, sino atreviéndonos a vivir en grupo o en comunidad amándonos libremente y tendiéndole a su vez una mano al solitario y al oprimido.

Despojémonos de las telarañas familiares que nos oprimen, aplaudamos a los separados y a las madres solteras. Amémonos y traigamos hijos al mundo, pero fuera de los ritos y ceremonias que rodean al matrimonio y a la familia. La alternativa es muy clara: La sumisión familiar o la rebeldía solidaria.

cual le deja a los hijos solo dos alternativas: la entrega o la rebeldía, aunque el precio de esta última sea el pasar a ser rotulado como un "inadaptado".

Pero si la familia es una institución represiva, también lo es para los padres. Para la madre, porque los problemas económicos que se incrementan día a día, además de cumplir con sus quehaceres domésticos —en su gran mayoría denigrados por el hombre— han tenido que salir a trabajar fuera de su casa, lo que en vez de liberarla la ha esclavizado aún más. En el caso del padre, ha heredado la pesada carga de cumplir el pesado rol de "jefe de familia", teniendo que solventar económicamente por sí sólo a los demás integrantes. Ahora más que nunca resulta indispensable abolir todo

este tipo de rótulos para instaurar una total equitatividad.

La familia por estar basada en la monogamia, ha obligado al hombre y a la mujer a firmar un contrato esclavista de por vida. Esto no es otra cosa que un mutuo engaño, creyéndose únicos e insustituibles el uno del otro.

Desde años inmemoriales, padres e hijos vienen compartiendo culpas por no terminar de una vez por todas con la falacia de la familia basada en el patriarcado que, según Simone de Beauvoir "incita al hombre a un imperialismo caprichoso; la tentación de dominar es la más realmente universal, la más realmente irresistible: entregar el niño a su madre, la mujer a su marido, es promover la tiranía del mundo".

amor a puertas cerradas, son unos de los tantos síntomas de una familia reprimida y represora.

De víctimas a victimarios

Los enfrentamientos generacionales son el factor fundamental de la discordia familiar. Con el paso del tiempo, las costumbres de la sociedad fueron cambiando y esto provocó serias diferencias entre padres e hijos. La familia, basada en un

mandato autoritario no permitió que las disidencias se pudiesen zanjar. Ante estas circunstancias, los padres debieron plantearse si estaban dispuestos a tolerar los planteamientos de sus hijos o si de lo contrario, las rechazaban de plano, y continuaban atados a un mandato vetusto y arcaico.

También suele ser algo muy habitual que los padres pretendan hacer de sus hijos un terreno fértil para concretar sus propias aspiraciones no alcanzadas, lo



EDUCACION ARGENTINA:

EL ASESINATO DE LA INTELIGENCIA

La idea de la escolarización tal y como la conocemos en nuestro país proviene de una tradición medieval: los hombres se preparan para la vida secular cotidiana a través de la reclusión en un recinto sagrado. La Educación está basada en el concepto de que las personas deben ser educadas para vivir, adquiriendo información sobre la vida antes de enfrentarla. En este tema las Izquierdas y las Derechas coinciden y hoy es tan peligroso dudar del mito de la salvación social por medio de la escolarización como lo fue hace cientos de años dudar de los derechos divinos de los Reyes Católicos.



Quién en su sano juicio ha intentado contradecir la irrefutable "necesidad" de que a un niño se le realice un lavado de cerebro sistemático que al cabo de un tiempo lo haga sentirse diferente del resto? Los niños son seres humanos saludables, productivos, potencialmente independientes, creativos; la escuela y sus instituciones se encargan de someterlos, deformarlos y separarlos con eficacia comparable a la de un campo de concentración.

El Sistema escolar es impuesto a casi todos los ciudadanos durante un período de 10 a 18 años; el local escolar es el recinto encargado de "custodiar" como una nodriza mecánica las mentes de millones de futuros lobotomizados. Lo primero

que aprende el niño en la iniciación de la escolaridad es el viejo adagio de la Inquisición: "Fuera del Rito no hay Salvación".

Desde una mentalidad escolarizada, es casi imposible concebir cambios sociales substanciales porque percibe los procesos de educación de los pueblos sobre la ilegitimidad de los sistemas políticos que padecen solamente como adoctrinamiento político. Fundamentándose en una supuesta entrega de los logros más importantes de la humanidad, las escuelas en verdad sólo adoctrinan a los niños para que acepten el sistema político representado por sus maestros, incluso insistiendo que este sistema educativo es apolítico. La legitimación de la educación en las

escuelas, tiende a que se visualice cualquier tipo de educación recibida fuera de sus ambitos como espuria y accidental.

El que es rebelde contra la aceptación del dogma escolar será tachado de loco o subversivo porque atenta contra una de las bases, uno de los pilares que sostienen y perfeccionan la explotación de los seres humanos.

La escuela que en el siglo pasado ayudó a superar el feudalismo se está convirtiendo ahora en el ídolo opresor que protege sólo a los escolarizados; ella gradúa y consecuentemente degrada. El graduado es un personaje distinguido por el título que es colocado en el mercado como parangón social a imitar y para que pregone el valor de tal sistema.

Esta imagen endiosada es factor de alienación y sufrimiento en las diferentes realidades sociales porque alcanzar tal mérito es prácticamente imposible para la gran mayoría.

La razón fundamental de la alienación creciente de las mayorías es la aceptación progresiva del mito liberal sobre la escolarización: la escuela es una panacea para la integración social. Durante generaciones se ha tratado de mejorar el mundo mediante la escolarización y hasta ahora este empeño ha fracasado. La escuela es el único pasaje "legítimo" para acceder desde la masa a la élite, el sistema coarta todo otro medio de promoción social de los individuos y mediante la falacia de la gratuidad crea en el

marginado la convicción de ser él el único culpable de su situación.

A quien no esté satisfecho con su falta de educación se le aconseja que "se supere", siempre existe la solución de las escuelas nocturnas o para adultos aunque sean medidas ineficaces para generalizar la educación. El individuo totalmente absorbido por los problemas de la sobrevivencia al enfrentarse con sistemas que no contemplan su situación sólo consigue demostrarse que él es el único culpable de la

discriminación que sufre por no poder completar sus estudios.

El opio del rebelde

La ilusión de la educación en los pueblos subdesarrollados que la consideran elemento eficaz de integración e incorporación de los habitantes marginados —rurales y urbanos— al mundo de la fábrica, del comercio y la vida pública está basada en la esperanza inculcada de que la escuela

podrá generar una fuerte clase media con virtudes análogas a las de los países desarrollados que se ofrecen a sí mismos como modelos.

La Escuela se ha vuelto intocable, sirve para mantener dormido el potencial subversivo que debería tener la educación en una sociedad alienada ya que al quedar confinada en las aulas sólo confiere sus certificados más altos a quienes se han sometido a la ini-

ciación y adiestramiento allí impartidos.

No hay mucha diferencia entre quien sustenta o justifica su poder basándose en una herencia y los que lo hacen en base a un título.

Cuando una sociedad se escolariza y acepta mentalmente el dogma escolar, confiere a un grupo de elitistas —los maestros— el poder de establecer criterios según los cuales los nuevos grupos populares deberán someterse al sistema para

UN MUSEO DE LA CASTRACION

Autoridad: El propósito de quien detenta la autoridad, es ejercer un dominio sobre el subordinado; está basada en el miedo y su brazo es el poder. Para hacer que el niño realice esfuerzos a los que no se siente naturalmente inclinado, para que se comporte como un buen alumno se recurre al principio de autoridad irracional del maestro a quien se considera representante de la sociedad adulta. Los maestros también se encuentran en un esquema de autoridades, un aparato burocrático que está orientado para que el alumno acate cualquier presión pasivamente. La autoridad se considera "por esencia" en un nivel jerárquico superior.

Competencia: También llamada **refuerzo positivo**, fomenta la lucha y el individualismo de los alumnos, generando islas. El hecho de participar de cuadros de honor, órdenes al mérito, abanderados, son todos causantes de frustración y sentimientos de superioridad ilusorios.

Calificación: Se juzga la calidad de los conocimientos adquiridos. El formalismo y la simplificación lleva a encadenamientos lógicos que se manifiestan en clasificaciones y simetrías difíciles de captar a no ser que sean aprehendidos mediante la memorización. La me-

moria es el indicador-control de lo aprendido a través de la toma de lección o el examen.

Existe una variedad de refuerzo que se denomina "negativo" que consiste en el castigo, la calificación a través de puntajes inferiores.

Disciplina: Gracia que emana de la autoridad, la disciplina tiene como finalidad que el niño viva la experiencia de "realidad moral", de un comportamiento que trascienda los caprichos, los humores y los impulsos del momento. Se considera que sin disciplina no existen condiciones básicas para la educación. Es una iniciación al mundo moral. Se considera disciplina toda acción que se aparte de las normas establecidas y no existen posibilidades de discusión tribunalicia o democrática de las mismas. Para mantener la disciplina se utilizan los carismas innatos de los profesores y maestros y es común también que sean contratados elementos no docentes que cuidan policíamente que las cosas funcionen en orden, se los denomina preceptores.

Deseo de recompensa: Se anula el principio de cooperación incentivando al educando a ganar su calificación y no a participar con alegría en descubrimientos. Este deseo actúa posteriormente en la socialización de los individuos al ser causa dis-

torcionante en las relaciones solidarias entre los niveles.

Educador: Es adaptar el Hombre al medio social en que ha nacido y en el cual vive. Es el acto de contagiar intelectual y moralmente un proyecto y la magnificación del mundo de los adultos.

Trátase de una ciencia que transmite de generación en generación los valores, los conocimientos dogmáticos saturados de la ideología dominante en la sociedad en la que se desarrolla.

Se la define como la acción de desarrollar las facultades físicas, intelectuales y morales.

En los hechos esta definición se niega porque a través de la educación se incita a la pasividad, a la obediencia ciega y la sumisión a imágenes acartonadas que son presentadas sin substancialidad humana, aspécticas e insípidas.

Educador: El maestro no puede presentarse a sus alumnos tal y como es en realidad sino que debe desempeñar un papel, el de introductor de las realizaciones del hombre, lo cual le obliga a permanecer a cierta distancia sin manifestar sus emociones. Es mal pagado por sus funciones a pesar de la importancia que la sociedad asigna en sus manifestaciones públicas a tal rol. Entre los cuadros superiores y más anti-

guos de los educadores es mal vista la innovación metodológica en materia de educación; los renovadores son virtualmente presionados por superiores y compañeros para que cesen sus intentos, los programas —considerados sagrados en el medio— deben ser cumplidos a costo de vida por el maestro quien se ve impedido de profundizar en conocimientos a los que la clase ha respondido con interés. La frustración de la iniciativa es una de las características que adquieren en su personalidad y es lo que transmiten como imagen a los educandos.

Educando: La escuela tradicional considera que para que éste pueda encontrarse con la realidad se debe, ante todo, apartarlo de lo arbitrario e incontrolable de la vida cotidiana puesto que se presupone que no está preparado para afrontarla.

Educación libertaria: Un estudioso del tema, Robert Skildesky, formula la siguiente crítica a este tipo de educación preconizada por Robert S. Neill en SUMERHILL: "La educación formal y rígida formaba por lo menos de vez en cuando rebeldes que intentaban cambiar el orden social; en cambio los felices alumnos de las escuelas no represivas suelen adoptar una postura más individualista desentendiéndose de la marcha de la sociedad global..."

CERDOS Y PECES

que no se los considere subeducados o marginales. La idea de la educación universal se transformó en la vaca sagrada del siglo XX y es mucho más intocable que la Iglesia en el período colonial.

Saber leer y escribir fue en una época, lo que había sido el bautismo en el siglo XVII; se había descubierto una nueva "nueva ley natural"; los niños debían ir a la escuela, nadie puede no saber leer y escribir. A medida que la crisis económica ha ido avanzando, la alfabetización como condición indispensable para la aceptación social está siendo reemplazada por la posesión del título secundario y universitario. "Los empleadores —dice un informe de la CEPAL— encuentran una demanda ocupativa más voluminosa que la oferta, especialmente para aquellas ocupaciones que deparan ingresos satisfactorios y status social lo que los impulsa a requerir credenciales educativas cada vez más altas y que en algunos casos no son necesarias para los puestos a desempeñar".

La escuela está acentuando la polarización social al incentivar la meritocracia: un nuevo sentido de élite que en la sociedad se instala a partir de los efectos del impacto educacional de posguerra. Esta élite está abierta a los que han obtenido un certificado escolar que día a día se va convirtiendo en un privilegio de pocos. "Los grupos escolares —dice el informe CEPAL— que recientemente adquirieron algún grado de educación, se encuentran postergados en el mercado de empleos ya que los altamente educados al no encontrar las ocupaciones de más alto prestigio se desplazan hacia las de menor jerarquía provocando un movimiento de retroceso generalizado en que las últimas filas que tienen una educación incipiente, se ven

expulsadas del mercado formal de empleo."

Así, la escolarización va condenando a los ciudadanos que no pueden acceder a la misma a ser confinados en situaciones de marginalidad y vivir en zonas periféricas con poca o ninguna participación en los bienes de consumo. En una sociedad infracapacitada como la argentina ese sistema en el cual la mayoría no pueda darse el lujo de una escolarización ilimitada —por más que los pocos que la reciben lo hagan en forma gratuita— implica una total subordinación de esa mayoría al escolarizado prestigio de la minoría en donde, "accidentalmente" se encuentran los líderes políticos, tecnócratas de la planificación y cabezas de turco del sistema, sean éstos marxistas o liberales.

La escuela aumenta los ingresos nacionales por dos razones opuestas. A) Capacidad a la minoría graduada para una producción económica mayor. B) Esta minoría se vuelve tan productiva que se hace imprescindible enseñar a la mayoría a consumir disciplinadamente, lo que se logra brindándole alguna escolarización.

La educación universal, el sistema escolarizante surge —como todos los sistemas educativos históricos— para dar estabilidad y proteger la estructura de la sociedad que lo engendró.

No sería absurdo comparar el aparato montado para catequizar las colonias americanas con la exportación del American Dream que en nuestros pagos se sintetiza perfectamente en la frase: "Mi hijo el doctor". La Enciclopedia considera ciudadano a todo ser que "pasó por la escuela": desde la Revolución Francesa la asistencia a clase sustituyó la reverencia al cura.

¿Por qué el rechazo de la ideología que exige la reclusión de los niños en estable-



cimientos que los apartan de la realidad, que les presentan la escuela como un dogma indiscutible, es tomada como política subversiva (lo que en cierta medida es) o como una locura?

Si en un análisis más profundo del sistema educativo descubrimos que los moldes escolares presentes no son el medio de educación más apto para la realidad de un país subdesarrollado, tal vez esto sirva como para dejar libre la imaginación y crear un escenario futuro en el que las escuelas resulten un anacronismo. Es importante para este estudio no con-

centrarse en el esfuerzo por mejorar las escuelas sino en ver la angustiosa carencia de alternativas que presenta el actual sistema. Otro ángulo derivaría en discusiones cada vez más abstractas. El barco se hunde y si no arrojamus el lastre por la borda, se pudre todo. "En cada escuela latinoamericana debería haber una gran foto de Buster Keaton y en las fiestas patrias, el director pasaría películas de Chaplin y Keaton para fomento de futuros cronopios" (Julio Cortázar).

Daniel Soria